



La Capilla Sixtina

NAVIDADES NEGRAS

Con la iluminación a media luz y el futuro a media vela, las Navidades europeas de 1973 se parecen muchísimo a aquellas Navidades del año 973, según consta en el relato de un anónimo monje compendiado en el Código 673 del tesoro monumental de la abadía de Brouilly. También entonces el fantasma de la escasez sobrevolaba las techumbres del viejo continente y los gobernantes se habían reunido en Maguncia para acordar una estrategia común de supervivencia. Como dato que pertenece al paralelismo anecdótico, tampoco asistió a aquella reunión ningún gobernante de los reinos ibéricos, muy influidos por el sermón del obispo de Tuy: "Aquí estamos tan ricamente que no necesitamos extranjerías".

Tras muchos años de ir a pie (varios siglos, para ser exactos), la prudencia en el gobierno y la obediencia en los gobernados habían conseguido que gran parte de la población dispusiera de burro. Pero, de la noche a la mañana, el boicot árabe al suministro de alfalfa procedente de los campos del Edén, bajo humillante ocupación mahometana, había dejado escudillados a los pollinos y descabalgados a europeos sin cuento. Los señores feudales estaban inquietos. Gran parte de sus vasallos habían considerado el burro como el más adecuado intermediario con la felicidad personal e histórica. El paso del burro había servido para medir la relación espacio-tiempo. El tamaño del burro había servido para medir la estatura moral del burrero. Por otra parte, la cría de burros absorbía importante cantidad de mano de obra y las industrias auxiliares de arneses y herraduras dejarían muchos desocupados en el caso de que los burros perdieran su función.

¿Quién era el culpable de esta situación? Los gobernantes reunidos en Maguncia *m e n t i a n*. Sostenían que el enemigo era el perverso mahometano, para crear una imagen de enemigo concreto en la que se polarizaran los odios populares. Pero los gobernantes reunidos en Maguncia sabían que el Gran Jefe Kiowa movía a distancia las cadenas que abrazaban a Europa hasta la asfixia. No

era cuestión de señalar al verdadero culpable, porque, en gran parte, la conducta de los gobernantes europeos estaba hipotecada por un complicado sistema que ataba su suerte a la suerte del Gran Jefe Kiowa.

—Si les quitamos el burro—decía el rey lombardo—, les hemos de dar algo a cambio.

Fue allí donde se inventó el Cross de las Naciones para estimular el pedestrismo entre las clases populares. Pero aún no pareció solución suficiente.

—Frente al miedo al hambre, a la enfermedad, a la muerte, hay que crear un Gran Proyecto de Futuro Colectivo que sirva de antídoto.

Y tras el Cross de las Naciones, los gobernantes reunidos en Maguncia decretaron las Cruzadas.

Gracias a los entretenimientos deportivos y bélicos los gobernantes y los señores feudales salvaron el orden establecido, a pesar de que era evidente de que estaba hecho a su medida y que lo único que habían hecho por la inmensa mayoría era estimular la cría de burros. La habilidad de los reunidos en Maguncia fue muy celebrada, cantada por trovadores oficiales y por juglares de provincias. Sólo el obispo de Tuy se mostró reticente y dijo un "para ese viaje no se necesitaban alforjas" que fue juzgado como excesivamente severa sanción para un esforzado trabajo.

He querido recordar esta página de la historia a la vista de este Madrid a media luz, y de esos coches aparcados, con el morrillo húmedo por el frío de diciembre, el estómago vacío y todas las carnes temblorosas con premonición de muerte a la corta o a la larga. Por la calle de Gaztambide subían diez mil madrileños haciendo "footing" y por Cea Bermúdez, cincuenta mil amas de casa andaban sobre sus manos en una perfecta vertical. Medio millón de niños saltaban sobre las techumbres de Lavapiés en vuelos de barra fija.

A pesar de que no han estado en Maguncia, no olvidan las máximas del obispo de Tuy: "Cuando veas las barbas de tu vecino afeitadas, pon las tuyas a remojar".

SIXTO CAMARA